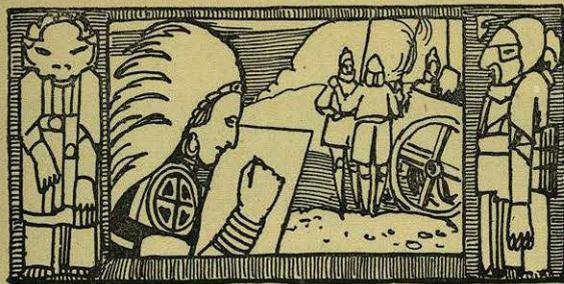


Marina perteneció á Cortés, el cual vió en aquella mujer singulares disposiciones y lo útil del conocimiento del idioma mexicano, que ignoraba Aguilar; sucediendo que en el campamento la llamaban *la Lengua*. Y ejerciendo sobre doña Marina el ascendiente que sobre tantos, Cortés se la adhirió como compañera y amiga incondicional en su cariño.

Siempre la otorgó honores y distinciones muy altas, y la sentó á su lado, pero manteniéndola en su lugar, no sumiso á ella con baja sumisión, como Marco Antonio á Cleopatra: que no era para la índole de hombre tan entero, tan por encima de las decadencias, ser guiado por favoritas. Y, lejos de imitar al mismo Marco Antonio, que aceptó, por complacer á su amada, los dioses del Egipto, y se vistió como ellos, fué doña Marina la que, siguiendo la fe de su señor y conquistador, encabezó la serie de las mujeres cristianas en el Imperio mexicana.



## IV

## LAS NAVES DE CORTÉS

Fué también Portocarrero, el de las lazadas de oro, quien, al costear la pequeña Armada las playas del Golfo de México, mostró á Cortés la Isla de los Sacrificios, donde se veían vestigios del cruento rito y del atroz banquete que solía seguir á la ceremonia religiosa. Y, como en zumba, endilgó á Cortés un trozo de romance:

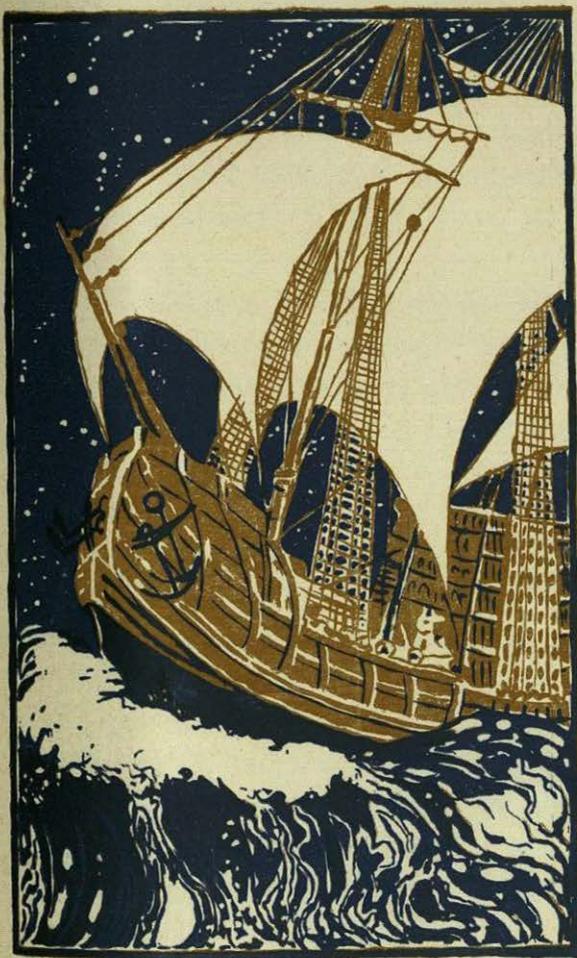
«Cata Francia, Montesinos;  
cata París la ciudade;  
cata las aguas del Duero  
do van á dar la mare»,

añadiendo algo sobre las dificultades de la empresa; á lo cual repuso Cortés:

—Si la fortuna me ayuda como al paladín Roldán, y me da compañeros como vos, se hará todo.

El Jueves Santo arribó la Armada á San Juan de Ulúa. Acercáronse piraguas de indios, y, por primera vez, doña Marina sirvió de intérprete, en idioma azteca. El Viernes Santo desembarcaron en el lugar donde había de fundarse la primer Veracruz, contra toda la corriente de los amigos de Velázquez. El cacique local, Teutile, al visitar á Cortés y hablarle éste de la grandeza y poder de Carlos V, mostró sumo asombro de que en el mundo hubiese quien se comparase á Moctezuma, Emperador de México, y desdeñosa duda de que fuese permitido á extranjeros como Cortés llegar á su sacra presencia.

Con Teutile iba un pintor, que, sobre un lienzo, dibujaba y coloreaba fielmente á los españoles, su figura, armas y trajes. Los méxicas escribían, como sabemos, pintando, y sus pinturas eran exactas. Aquellas pictografías estaban destinadas á que las



viese Moctezuma y se formase idea del aspecto de los invasores y su jefe el Dios Quetzalcoal, que por tal tenían muchos á Cortés. Este, para imponer, hizo jugar á la artillería y evolucionar á los caballos.

Iniciábase con la entrevista de Teutile aquella política de aplazamientos y contemporizaciones, tan desastrosa para el Imperio mexicano. No se concibe que Moctezuma no destruyese en un día á los contados españoles que le amenazaban. Desde el primer momento aparece ligada su voluntad como por efecto de un maleficio. A cuantos embajadores le despachó Moctezuma advirtió Cortés que su objeto era llegar hasta la populosa capital y el semidivino Emperador de los méxicas; y éste, en vez de adoptar resoluciones prontas, multiplicó embajadas y regalos.—En la primer embajada, rasgo pueril, venía un enviado que se asemejaba mucho al retrato de Cortés que figuraba en las pinturas; y los soldados españoles, notando desde luego el pa-

recido, llamaron á aquel indio el "Cortés mexicano".

Hay que reconocer, antes de que Cortés y Moctezúma se avistasen, el especial estado psicológico del Emperador. Fuese sugestión de presagios y oráculos, en la devota madurez del que en sus juventudes se señaló como valeroso guerrero; fuese que realmente viese en el Jefe de los conquistadores la encarnación de Quetzalcoal, que venía á cumplir y henchir las profecías; fuese indecisión natural ó lo que hoy se llama abulia, Moctezuma tomó el peor partido; y teniendo que habérselas con el hombre de más prontas determinaciones, no adoptó ninguna de provecho. A los reiterados mensajes y magníficos regalos de plumajes, oro y piedras; á las negativas de conceder la entrevista, puso Cortés, dirigiéndose á sus capitanes, este comentario: "Rico y poderoso príncipe es, y por más arduo que parezca, á fe que hemos de pagarle personalmente su visita."

No estaban las tropas de Cortés tan de-

cididas como él, ni mucho menos; y, con la inacción y molestias de la estancia en la tierra caliente, surgía el descontento y el deseo de volverse á Cuba. Pero la activa mente de Cortés no descansaba, y enterado ya de interioridades, empezaba á madurar la idea de aprovechar la especial situación de la federación azteca—rodeada de tribus y naciones enemigas, fundada en una conquista relativamente reciente—, para lograr lo que dentro de los límites de lo humanamente posible no se concebía: apoderarse de aquel Imperio. La embajada de los de Zempoala, capital de los Totonecas, que habían sido sojuzgados por los aztecas, le abrió perspectivas y horizontes. Desde luego, adoptó ante los zempoaltecas la actitud de amigo, y dejó entrever la esperanza de vengador, aunque todo con la habilísima diplomacia que tan útil le fué. Con la misma apaciguó el ánimo de sus soldados, que, alzados en motín, pedían regresar á Cuba, y se avinieron á lo contrario; á fundar, en aquel mismo territorio

del que pretendían huir, una colonia española, la Villa Rica de la Veracruz. Y lo primero que hizo el fundador, antes de abrir cimiento, fué elegir Municipio, con lo cual hizo civil lo militar, y legal lo aventurado. Elegido el Municipio, puso en sus manos la dimisión del cargo de capitán general, inaugurando así, en plena guerra irregular, en país conquistado, el predominio de la Ley. El propio Concejo y Cabildo volvió á elegirle; estaba previsto, se dirá: pero fué el modo de tener de su parte el derecho, un derecho más claro que los poderes revocados de Diego Velázquez. Por encima de Cortés, sólo estaba ya el César Carlos V.

Emprendido luego el viaje hacia Zempoala, por el camino salían las gentes á saludarles y les ofrecían víveres y flores: una india coronó de rosas el yelmo de Cortés. El estuco de las paredes de Zempoala les pareció al pronto revestimiento de plata pulida. Fué un momento encantador para la imaginación de los españoles.

El cacique de Zempoala les recibió en palmas, pero temblaba á Moctezuma. “No temas—declaró Cortés—: vale por mil aztecas un solo español.” Que no era fanfarronada, de sobra llegó á demostrarse.

Por primera providencia, Cortés vedó que se pagase el tributo á los recaudadores de Moctezuma, los prendió y soltó á los desdichados que querían llevarse cautivos para sacrificar. Este hecho y sus pormenores son de aquellos golpes temerarios de Cortés, fruto de meditada prudencia. La temeridad en él nunca fué impulsiva. En su situación había de imponerse ó ser vencido.

Otro rasgo de osadía es la destrucción de los ídolos en Zempoala. Hay que tener en cuenta que el capellán de la expedición, fray Bartolomé de Olmedo, aconsejaba la tolerancia á Cortés; pero, aparte de la fe cristiana de los conquistadores, había en sus almas un fuerte movimiento humano: el horror á los sacrificios y al canibalismo.

—Harto buenos son estos dioses para

nosotros—replicó el cacique de Zempoala á las exhortaciones de Cortés para que los renegase.

Esos dioses “harto buenos” eran los que pedían sangre en sus aras barnizadas de copal, y conservaban, por el rito religioso, la atrocidad del manjar nefando, en un país donde la tierra daba alimento abundante al hombre. Hoy los arqueólogos pueden deplorar que se hayan destruído las figuras de los tremendos dioses, y yo no dejo también de sentirlo; mas no era, por cierto, ocasión de pensar en la arqueología futura. La guerra gigantesca que hoy pesa sobre Europa está demostrando lo que les importa la arqueología, en trances tales, en el siglo xx, á las más cultas naciones. Los españoles, pues, derribaron y quemaron los ídolos untados de coágulos rojos; barnizaron de estuco las paredes del teocalli, y colocaron en el altar, entre rosas frescas, la cruz vencedora. El resultado de este nuevo acto de arrojo, realizado por tan pocos contra la religión de tantos, aca-

rreó el descrédito de las divinidades locales.

—Ellas cuidarán de vengar sus agravios—exclamó filosóficamente el cacique.

El verdadero peligro para Cortés—y él lo comprendía—, más que de los indios, podía venir de Cuba y de España. A prevenirlo, estableció comunicación directa con Carlos V, por medio de las famosas Cartas de Relación, escritas en tan conciso y clásico estilo, y despachó un navío cargado de oro y presentes, con los comisionados Portocarrero y Montejo, en son de embajada al Emperador. Ningún cabo suelto acostumbó dejar Cortés, y éste, más que cabo, era hilo conductor en aquel laberinto. Tampoco se dormía Velázquez, aparejando una escuadra, á fin de enviarla contra Cortés, ya que no pudo apresar al paso por las costas de Cuba la nave mensajera.

Como aviso del “peligro español”, descubrió Cortés aquellos días la conspiración tramada por algunos de los suyos, para apoderarse de otro navío y volverse á Cuba, á

la disposición de Velázquez. Ni tardo ni perezoso, ahorcó á los cabecillas y cortó al piloto los pies—lamentando, al firmar las sentencias, haber aprendido á escribir. En su ánimo estaba hincada la convicción de que era necesaria una conducta inflexible. Tal idea le inspiró la más celebrada temeridad de las suyas.

Las naves, quietas en la orilla, eran como un arma asestada contra su pecho. Unos cuantos atrevidos, á pesar del escarmiento, pudieran renovar la tentativa, y, por lo menos, con deserción y fuga, restar gente y elementos á la empresa. Había que librarse de las naves. Para un cobarde, serían recurso; para Cortés, estorbo.

En esta historia, tan prodigiosa de suyo, de la Conquista de Nueva España, se han ingerido fábulas, innecesarias por completo, pues sobra la verdad para el asombro. La leyenda es bella; la fábula, no, porque dándole su nombre propio, se reduce á mentira. Una de estas fábulas es la que presenta á Cortés, tea en mano, quemando sus

naves. Lo cierto es que, en su misma temeridad suprema, jamás perdió de vista Cortés el porvenir. Cohechó á los pilotos para que dijeseñ estar averiadas las embarcaciones, y comidas sus maderas por la broma ó gusanillo; y entonces, reservando cuidadosamente velamen, hierros y cuanto no era los cascos, echó éstos á pique. Así realizó la no esperada y heroica resolución inspiradora de poetas y pintores. “No fué tea, fué barreno”, declara un docto americanista; y si el fuego parece más escénico, el barreno es lo natural y lo que cabe en la suma previsión de Cortés.

Alborotáronse los soldados, diciendo que el general quería llevarles al matadero, y el que no sucumbió á las flechas de los indios, pudo entonces caer bajo los golpes de sus tropas. Con el especial arranque que le distinguía, Cortés despejó la situación:

—Los cobardes—dijo—pueden volverse á Cuba, en una nave que aún queda; y ya

se pelarán después las barbas, viendo la ventura que pierden.

Y, de súbito, todos sintieron el transporte de la acción admirable, y dieron por echada la suerte. No cabía retroceder.



## V

## EN PLENA CONQUISTA

Al través de la encantada é insalubre *tierra caliente*, empezó Cortés á ascender, con su reducido ejército, hacia Tenochtitlán. Pasada la región, llena de aromas y aves de irisado plumaje, en que crecen el cacao y la vainilla, treparon por las ásperas cordilleras. Dejaba Cortés cincuenta hombres en Veracruz, al mando de Juan de Escalante, uno de sus mejores capitanes.

Le acompañaban cuarenta nobles zempoaltecas, ó como auxiliares, ó quizás, en su intención, como rehenes. Al llegar á la